nos del organismo, de los que no se tiene conciencia, y que preceden en todas las grandes contrariedades morales, al paso de la bilis á la sangre. Quedaba en su rincón, teniendo miedo á presentarse, miedo á las murmuraciones de sus amigos, avergonzándose de que vieran en él tal debilidad de constitución.

XXV

Una noche, acosado por una de esas tristezas que impulsan á vagar, abandonando su voluntad á su instinto, y su dirección á la casualidad, Carlos se volvió á encontrar en los mismos bulevares en donde algunos meses antes había concebido y pensado su libro. Aquellas grandes tapias grises, las casas sucias, los cafés obscuros, los árboles raquíticos, llevaban el pensamiento á uno de esos hermosos dominios del recuerdo, en donde el paso se detiene ante un grupo de tilos. De allá brotó el primer amor, en el sendero pedregoso, lleno de cigarras y de zarzamoras; lejana y querida patria chica de la primera idea y del primer verso falso, en el rincón sombrío, en la pradera en donde se leyó la primera novela inmoral. Así sonreían á Carlos esos miserables bulevares. Su libro había nacido y crecido sobre aquel fangoso suelo. Y mientras caminaba, recordaba sus es-

fuerzos y sus triunfos; junto al ángulo de la tapia había encontrado una situación; delante de una taberna había hallado un tipo, paseándose infinidad de veces á lo largo de aquella casa grande y negra, había concluído por encontrar el desenlace.

Andaba entre tinieblas, de trecho en trecho desgarradas por el resplandor rojo de un farol, y veía desfilar ante él, como en una pesadilla, los personajes de su novela, que aparecían á derecha é izquierda, en la sombra, en las puertas, en el suelo, é iba emocionado con el recuerdo del pasado, cuando de un hotelito, en el cual no había luz, una voz le llamó por su nombre.

—Dispense—dijeron de arriba;—no tengo ni mi levita ni mis cruces... Permítame usted, á pesar de esto, que le felicite: estoy leyéndole á usted, ó mejor dicho, estaba, porque la vela se ha acabado.

Carlos divisó entonces en el hueco negro de una ventana abierta, la blancura de una camisa y de un gorro de dormir.

—Gracias;—siguió diciendo la voz—me ha proporcionado usted unas horas agradables y hasta un poco de fiebre.

—¡Ah, es usted Boisroger!... Me han dicho que estaba usted enfermo; ¿cómo sigue?

—No vamos mal, ni mi enfermedad ni yo...

ella, sobre todo. Ande usted, suba. Le tiendo á usted los brazos desde aquí arriba... Debe parecer que habito la morada de Casandra... Soy Colombina, y le suplico á usted que me lleve consigo... ¡Ah!, soy un tonto; olvidaba... No suba usted. La pantomima continúa. Estoy mejor guardado que «La joven mal guardada»; estoy encerrado. He tenido el honor de decirle que la vela se me ha acabado... Usted creía que era una metáfora... Pues no, es un hecho, y un hecho histórico... Mi querida ha ido en busca de fuego á casa del vecino, y como yo estaba acostado, me ha encerrado. ¡Hombre, haga usted el favor de buscarla, y dígale que la espero.

—Pero si no la conozco.

—¿No la conoce usted? ¡Es un ángel, un espíritu, una Afrodita! ¡Su cabeza la hicieron de un capricho, su pensamiento del viento que murmura, su cara de una sonrisa, su sonrisa de una rosa, y sus ojos de una estrella! Es una mujer que en este instante sale de una tienda de ultramarinos, á no ser que haya entrado en el teatro Montmartre, para asegurarse de lo guapo que está el galán joven. Me constipo; creo que voy á estornudar. ¡Buenas noches! Ya sabe usted dónde vivo; venga usted á verme. Quiero darle un apretón de manos y tener el gusto de manifestarle la mala idea que tengo de su libro.

XXVI

Esa presentación de lo imprevisto, el encuentro, la conversación, el apretón de manos pedido por este hombre de talento simpático, produjo en Carlos el placer de un hallazgo feliz. Hacía mucho tiempo que no estaba tan satisfecho de sí mismo, y hasta cantó, asombrándose de oir su voz.

Boisroger no le era desconocido. Lo encontraba en las redacciones de los semanarios satíricos. Por unos y por otros supo que Boisroger le defendía muy alto y que elogiaba su talento. Pero á los dos les había faltado la ocasión de ponerse al habla, fuera de las banalidades de la fraseología y de los lugares comunes de la conversación. Hay en el mundo literario opiniones de uno solo, más queridas y más dulces para la conciencia, que las opiniones y los juicios del público: esas opiniones enseñan el desdén, y á veces dan el consuelo.

Boisroger era poeta lírico de profesión. No se podría pintar un héroe en menos palabras Nada de su tiempo le turbaba, ni le emocionaba, ni le advertía; ni la levita negra, ni la Bolsa, ni el público, ni M. Jourdain con su bata, ni los versos de obreros, ni las doctrinas nuevas, ni la religión de la prosa, la idolatría de lo vulgar, ni las rebe-

liones contra la forma àristocrática del pensamiento, contra el idioma hierático y sagrado de los cultos y de los refinados; ni esas utopias furiosas de vulgarización y de accesibilidad de lo bello que forman la industria en el arte, ni el libro puesto al nivel del lector y la copa estrecha para los paladares delicados, convertida en fuente de vino de la plaza pública. Indiferente, alegre y fascinado, Boisroger vertía el alma de la lira de Orfeo sobre los notarios y tambores de la guardia nacional.

Entre nubes cantaba su serenidad; era Saadi abriendo el Olimpo —cantaba eternamente los dioses y las rosas. Los versos de Boisroger no eran un cántico para los catecismos de perseverancia. No trabajaba en la moralización de las musas. No entreveía ni el paraiso ni la Academia... Velos de seda, cintas de oro, flechas de amor, su poesía vogaba sin más pabellón que la galera de Cleópatra. No tenía más moral que el amor, ni más religión que el evangelio de Hesiodo. Las ideas sonreían en un lecho de oro. Era su poesía de púrpura y de sol, un panteismo infinito y majestuoso que tenía el andar cadencioso y soberbio de una reina de Saba, el centelleo de un mar de la India, de un mar levantado, con olas de luz y de armonía, que revolviera en sus masas azules, rayos, conchas, mármoles rosados, brazaletes, columnas de los templos, puertas de serrallo, risas de estatua, perfiles de Astarté, grutas de coral, sombras de Colombina, genios cubiertos de fuego, duendes, miradas, besos, perfumes, rubíes, diamantes, flores y estrellas. El ritmo parecía arrancado de la gota de agua que cae en la villa Brunelleschi, de los cabellos de bronce de la Venus. Un resplandor de apoteosis latía en sus floridas rimas. Cuentos de hadas en sus poemas.

Luego, como antítesis de ese panteón mágico, Boisroger hacía de su pluma un lápiz y una garra. En el mismo margen de sus alados versos, una ilustración bufona, una caricatura grandiosa, titánica, la máscara cómica de algún burgués Farnesio, una venganza con la solidez robusta y épica de un dibujo de Miguel Angel.

Boisroger vivía íntimamente con la poesía. Obligado por su falta de recursos, se resignaba á ganar su sustento en el periodismo. Su prosa se cotizaba en el mercado y era su medio de vivir; pero, ni los préstamos que le hacían las cajas de los periódicos, ni el éxito de su prosa, bastaban para romper sus relaciones con las musas y sus costumbres poéticas. Habiendo reunido dos cosas: un paquete de tabaco de maryland y una mujer, volvía más enamorado que nunca, á sus poéticos ideales. Se encerraba en sí mismo, se olvidaba de los días de la semana, sin honrar al sol de París con su presencia. Se había creado un mundo

fantástico y sobrenatural á donde no llegaban las miserias terrestres. Hubiérase dicho que tomaba la vida como una broma de mal género, una farsa del antiguo teatro italiano y que gesticulaba únicamente por un resto de respeto humano. Esto explicaba en Boisroger su virtud inverosímil llevada al más alto grado, la locura y el honor de algunas extrañas naturalezas de artista, y el desinterés innato é incurable que es la medida de la espiritualidad del individuo: el desprecio por el dinero. En 1848 una revista había querido abusar de las antipatías aristocráticas de su espíritu, para que insultara á un tribuno; él tomó su sombrero y despreció los billetes de banco. Desde entonces su musa ignoraba siempre cuál era el gobierno que regía. Así la concurrencia en el mercado de las bajezas humanas, era de las cosas que más asombraban á Boisroger.

La otra cuerda de la lira de Boisroger, la risa de su poesía caricaturesca, daba el tono y el atractivo único á su conversación. El espíritu favorito de su palabra era el de la ironía. Una ironía suave que penetraba como un puñal y que se prestaba á su voz débil y aguda. Perezoso, despreciando ese ingenio de ocasión y el chiste superficial, estallaba y brillaba con una gracia francesa, gracia de ideas que sobrepujaba á las muecas y malicias del gesto; abundante en detalles, en descripciones

minuciosas y de costumbres, en escenas de comedia, cortas, vivas, habladas, casi mordidas al agua fuerte. Era sin rival para desbaratar sólo con una frase un carácter, un muñeco, un libro, un amor; su alegría mayor era desenmascarar de repente con el fuego del diálogo, lanzar paradojas que subían tan altas como la Torre de Babel para la confusión de la escuela del «buen sentido», é hipérboles que hacían temblar y que el festivo escritor lanzaba y barría con un soplo.

XXVII

—¡Oh! Vamos. Tiene gracia. Es usted hombre de palabra... Melie, haz el favor de dejar el sillón y dárselo á este caballero.

Así saludó Boisroger la entrada de Carlos. Boisroger estaba en la cama pálido, delgado, con la barba de ocho días; en la cabeza, un gorrito de algodón con rayas azules; apoyado en la almohada y rodeado de libros esparcidos y puestos encima de la colcha y de la mesilla de noche. Sus ojos pequeños, vivos, inquietos y claros, chispeaban como la pupila de un cómico al mirar por el agujero de un telón.

En las paredes del cuarto se veían bajo cristales, figurines de teatro iluminados á la aguada, y en medio de ellos, como en el nicho de una capilla,

había un retrato de mujer. Era una figura encantadora y dolorósa, un tipo delicado, mecla de *Zephyrine* y *Mignon*, que en el fondo enlutado y negro de un daguerreotipo, parecía el alma muerta de todos aquellos disfraces vivos, chillones, llenos de colores y de lentejuelas.

En la chimenea ardía un vivo fuego. Una cafetera nueva de hoja de lata estaba junto á las llamas. Una joven gruesa y fresca, envuelta en la bata del poeta, con un arañazo que le cogía de una oreja á otra, dejába sobre sus rodillas un folletín cortado de un periódico, para mirar el pollo melancólico que estaba asándose.

. . . . . .

—Ya sabe usted .. está convenido; tengo que hacer alguna cosa... no sé en dónde... pero ya encontraremos... Quizás concluya por echar mano de cualquier periódico en donde se me permita exponer mis opiniones... Diré lo que acabo de decirle ahora... Su libro de usted abarca todo... Usted ha visto mucho, pero ha vivido poco. A los hombres de ideas no les ocurre nada más que ideas. Balzac se ha casado: es la única aventura de su vida... No concibe uno bien más que en el silencio y el sueño de la actividad de las cosas y de los hechos alrededor de uno mismo. Las emociones impiden la gestación de la fantasía. Son necesarios días monótonos, tranquilos, un estado plácido de

todo el sér, un recogimiento de burgués para expresar lo grande, lo atormentado, lo nervioso, lo punzante y lo dramático... Las personas que se entregan á las pasiones y al movimiento nervioso, no harán nunca un libro pasional. Es la historia de los hombres ingeniosos en la conversación; se arruinan... Yo decía... nosotros debemos sostenerle á usted... es preciso que usted venda. Esto, no lo desconozco, es un milagro que hay que preparar. Se trata de obligar á un hombre, á un hombre perfectamente sano de cuerpo y de espíritu, á un hombre serio, capaz de rehusar un mantón á su mujer, á que haga una cosa extraña, fantástica é insensata... Ese sér racional que Dios ha hecho á su imagen y semejanza — hermosa palabra que no es mía—va á sacar de su bolsillo tres francos... ¡vivos...! ¡Tres francos! Algunos días diera tres millones por tener tres francos y los va á dar á cambio de un libro... uno de esos volúmenes que la tipografía moderna imprime con los pies calzados con zapatos claveteados... Hay allá un misterio, un secreto atractivo, algo todavía no estudiado ni definido, ¿quién sabe? Quizás una endemia; el éxito puede llegar por contagio. Pero no ha llegado aún. Es usted un libro vendido, no basta, es preciso que sea usted un libro cortado y... después— hay abismos en esto—que sea usted un libro leído. El hombre de los tres francos ha visto, ha

comprado y ha pagado el libro á consecuencia de esa operación involuntaria de su voluntad. Entra en su casa y en sí mismo. Es usted un nombre nuevo y desconfía. Se conoce y desconfía de sí mismo y de su juicio, no tiene la costumbre de pensar con independencia y considera las opiniones como una propiedad nacional, algo que todos prestan á cada uno. Vea usted además que este hombre es un público, que envidia como un lector y envidia como un autor. Es necesario que usted no choque con sus prejuicios y que en la última página del libro el hombre de los tres francos esté convencido de que tiene usted talento. Lo cual hace que el libro sea un mal medio para darse á conocer. Se deja el libro y se dedica uno al teatro: sucede lo contrario. El público antes sometía, ahora se somete. Se dirige uno al oído, á los ojos, al sentimiento, al corazón, á la risa, á los sentidos. Tiene usted delante una multitud, una masa y la suerte de que un pueblo sea menos estúpido que un hombre. El libro se lee en ayunas, cuando llueve, cuando se espera con impaciencia, cuando se está aburrido matando el tiempo. La obra teatral agarra, acaricia, después de una buena cena, sentado junto á la querida. Y luego las actrices. ¡Ah! El teatro. Palabra de honor. No hay nada como el teatro.

—Sí, para llegar á prosperar, es verdad; y no

crea usted, trabajo algo en eso. Pero no sé... no estoy muy seguro en ese terreno: el teatro me parece la jaula de una ardilla... Es endemoniado eso de buscar efectos nuevos...

—¿Efectos nuevos?... Usted no sabe lo que es el teatro. Se coge una trajedia, no importa cual, Andromaca por ejemplo. Hace usted de Andromaca una emplastera que pone sanguijuelas y de Pirrhus un grande de España desterrado. Reemplaza usted el amor maternal por la ambición de poseer un estanco... La transmutación de las obras; ahí tiene usted la receta transcendental. Le estoy dando á usted una fortuna... Melie, dame el tabaco y el papel de fumar. Mira, es inútil que te escondas, porque, que te vuelvas hacia la derecha ó hacia la izquierda, este caballero siempre verá la mitad de tu cuchillada; de perfil llega al ojo, ¡de frente enternecería!... Esto, caballero, es un episodio íntimo, de la guerra servil, una guerra que Roma hizo desaparecer y que matará á París. No siempre tenemos que servirnos á nosotros mismos. A veces, nos sirven... teníamos una criada, á los ocho días esta criada tuvo un primo que tocaba la trompa de caza en mi cocina. Melie le hizo una observación: que la trompa de caza no entra en los instrumentos de la música *di camera*, que es un instrumento de eco, de recuerdo, de lejanía, de horizonte, que tiene sus derechos en la

sociedad moderna, pero su lugar en los cuadros de Jadín... ¡Mire usted la respuesta que Melie ha recibido! ¡Los derechos del hombre, del criado, impresos en piel humana!... Es el fin del mundo. La verdad, el mundo está perdido. El proletariado exasperado por las teorías. Como dice muy bien Franchemont, «desde el momento que dos clases se hallan en contacto, la clase inferior es la que devora á la superior...» Todos los estados subalternos, subordinados á los otros de derecho, concluyen por ser superiores de hecho. Hoy el abogado está sometido al curial, el artista al mercader, el arquitecto al contratista, el agricultor al jornalero, el literato al editor, y en cuanto al amo... Scapín zurraba al suyo, ¡pero con cortesía y dentro de un saco! Echo de menos el saco... Melie, descuidas la cafetera, vigila, hija mía, vigila... ¡Qué tiempos! todo decae... La ciencia se convierte en método, la religión en moral, las cosas que nos rodean en máquinas! Antes, en otras épocas, había bonitas cafeteras de formas graciosas, que hacían el café como una persona; ahora la cafetera es un aparato químico, grave y seco como una suma y hace matemáticamente el café... Teníamos la campanilla que era humana, el primer movimiento de una visita, una canción familiar un poco ligera que os decía desde la puerta: ¡regreso!, ¡amor!, del amigo antiguo ó de la joven Magdalena... Ahora tenemos el

timbre, un ruido anglicano, mecánico y claro, que no tiene matiz, que no dice nada y suena como una navaja de afeitar corta; es el escape de un resorte de cobre que cae en el vacío de vuestra ansiedad, de vuestro corazón, de vuestras esperanzas: sería una campanilla perfecta para un falansterio. La humanidad de las cosas se va, señor, y eso es una señal de los tiempos... ¿Cómo me voy á fiar de un hombre que maldice de los asados en el horno?

—He conocido el asador—dijo simplemente Carlos inclinándose.

—Yo tenía que decirle á usted, que Charvín me ha prometido dedicarle á su libro un artículo en su revista... Pero ya sabe usted, no se puede contar con él... no es un hombre: es una barba, ¡y qué barba! Charvín habla, jura y piensa en su barba. Se refugia en su barba y sube. Sus acreedores no han podido encontrarle nunca, encerrado como está en su barba; sus mismos amigos no le encuentran siempre... Es una barba dodoniana, algunas veces dice algo, pero nunca responde: una barba superior á la palabra; le ha sido concedida á Charvín, para ocultar la suya... ¡Oh! esa barba... Ella le ha hecho su matrimonio, su revista, su posición, todo. ¡Qué barba! Ha representado en cierto tiempo una opinión política. Le digo á usted, que esa barba es un parabán, una providencia, un

asilo, una muralla, un baluarte americano de pacas de algodón; es una barba maravillosa; el sombrero de Fortunatus, las cejas de Júpiter, los cabellos de Sansón y el antifaz de Sieyés. En un momento de expansión, Charvín me ha confesado que no cambiaría su barba por unos anteojos. ¿Conoce usted esa barba impenetrable?

—¿Charvín? Sí... El hombre distraído, melancólico, hastiado, adormecido, transportado, no aspirando á nada y lanzándose á todo... Me ha parecido una variedad curiosa, un carácter, un tipo de nuestro siglo, con voluntades furibundas y sordas, guardando bajo la túnica amplia de César, la ambición que le devora las entrañas...

—Es algo de eso y no es eso. Pero yo sé hacerle bajar de su barba... Le aburriré, cuente usted conmigo. Debe hacer algo bueno por las letras; les debe mucho. ¿Adivine usted cuál es mi aspiración? Apuesto á que se asombra usted. Mi sueño sería hacer una hermosa tragedia... Sí, una tragedia, lo que se llama una tragedia... Pero la vida es tan cara, que jamás haré esa tragedia, no haré más que sainetes; en cuanto á Remonville, respondo de él para la presentación del nombre y del libro de usted á los veinte mil suscriptores de su periódico... ¡Ah! Dígame, ¿pertenece usted á la Sociedad de literatos?

—No.

—Mal hecho.

—¿Por qué?

—Voy á parecerle á usted un corruptor electoral... Le hubiera pedido á usted su voto para emplearme en la administración... No crea usted que es asunto de vanidad... Estoy enfermo como usted sabe, he pensado curarme, me cuido y me hacen falta medicamentos... La Sociedad me proporciona bonos para la farmacia, pero cuando interviniera en la administración, yo me daría bonos á mí mismo: de ese modo estaría más seguro de que no acababa el favor.

—Siento mucho...—dijo Carlos levantándose y cortó la frase estrechando la mano de Boisroger. Ciertas emociones las oculta el literato como el soldado las suyas.

—¿Se va usted ya?—le dijo Boisroger.—Gracias apesar de todo. Iré á visitarle cuando me encuentre mejor. Tengo curiosidad de ver en su casa unas encuadernaciones de que me han hablado... Melie, acompaña al señor. Hasta la vista.

Carlos atravesó las dos ó tres habitaciones reducidas por donde había entrado. Al entrar, no había hecho más que pasar por ellas sin fijarse. Luego vió que los tabiques y puertas de la casa le daban el aspecto de las casas que se alquilan en las afueras durante el verano. El recinto apenas ocupado por muebles descabalados y desluci-

dos, el papel triste, ajado, descolorido, la alfombrilla ligera sobre los ladrillos fríos, y una maleta destrozada en un rincón, revelaban una de esas existencias de trabajo, errantes, ambulantes, ajetreadas, golpeadas y machacadas por los embargos y las mudanzas. Las luchas, las angustias, el esfuerzo terrible y diario de la pluma palpitante contra el bienestar de que se carece, todas las venganzas de la vida se revelaban en las paredes desnudas de aquel hogar de azares.

En el barrio Saint-Marcel, en las guardillas, durante el invierno, las niñas trabajan medio desnudas, junto á la estufa apagada, encogidas y tiritando. Sus manos encarnadas por los sabañones giran y giran. Hacen ramilletes de violetas... Carlos pensaba al bajar la escalera de la casa de Boisroger que los poetas se parecen á esas niñas y que las ideas son sus ramos de violetas.

XXVIII

Pasados algunos días, Carlos vió entrar en su casa á Boisroger.

—¿No tiene usted nada que hacer esta noche, verdad? Le llevo á usted. Hemos preparado una comida semanal. Estamos en familia y no se muerde uno la lengua en el postre. Empiezo mañana

el tratamiento y la de hoy será la última francachela. ¿Viene usted, no es eso?

—Con mucho gusto.

Moulin Rouge estaba muy animado. Los jóvenes que volvían de una carrera llenos de polvo sacudían con sus pañuelos los sombreros. Las mujeres barrían los senderos del jardín con las colas de sus vestidos. En el mantel de dos ó tres mesas, todavía desocupadas, un pedazo de papel cuadrado tenía escrito la palabra: Reservado. En el fondo, la casa iluminada con el reflejo rojizo de la puesta del sol, luciendo en todas las ventanas rostros de mujeres, como retratos en un marco, mordiendo un palillo de dientes y saludando hacia abajo, á derecha y á izquierda, algunos recuerdos del pasado, ó de ayer.

Los amigos de Boisroger, Lamperiere, de Remonville, Laligant, Grancey, Bressoré, Franchemont, estaban instalados en una sala del restaurant algo oculta y en la cual se encontraban como en su casa.

—Caballeros—dijo Boisroger—les presento á ustedes á Carlos Demailly, el autor de *La Burguesía*.

—Es usted de los nuestros. Sea usted bienvenido.

—Vamos—dijo de Remonville—apretaos un poco por allá. Ahí tiene usted un sitio, caballero.